

CAPITULO XIV.

De la oscuridad de Señor San José, en los primeros siglos de la Iglesia.

CUÁNTAS coronas ilustres hemos visto reunidas, sobre la frente del glorioso Patriarca Señor San José!

Si le consideramos en sí mismo, es una alma pura y santa, adornada de la virginidad mas perfecta, de la humildad mas profunda, de los dones mas eminentes de la oración, y de todas las otras gracias que Dios da solamente á sus más íntimos amigos. Si le consideramos con respecto á los fieles, es el Protector de muchas profesiones diversas; y aun más: el Patrón de toda la Iglesia, y de toda la innumerable multitud de los cristianos que encierra. Si le consideramos con respecto á los santos mas elevados en la gracia, les excede á todos por la grandeza de sus méritos, Es el virginal Esposo de María; y por consiguiente, tiene derecho de acercarse familiarmente á Aquella de quien una sola mirada es un favor inestimable. Sirve de conductor y

de Padre á Jesucristo, y por consiguiente, tiene derecho de mandar á Aquel á quien los ángeles no miran sino temblando.

Al ver tantos títulos, y títulos tan gloriosos, ¿no parecería á primera vista, que Señor San José debía necesariamente recibir desde los primeros años que siguieron á su muerte, el homenaje de una veneración universal? ¿No parecería que su augusta Persona debía atraerse todas las miradas, tan luego como la manifestación de Jesucristo hubo venido á sacar á los hombres y á los pueblos de las tinieblas en que dormían sepultados?

José había pasado tantos años en la intimidad de este Monarca Supremo: ¿no parece muy natural que el respeto y los homenajes de los fieles, hubiesen, desde el primer instante, abrazado á la vez á Jesucristo y al inseparable compañero de sus fatigas? José había ejercido cerca del Salvador de los hombres el sacerdocio de una dirección tan sagrada, José había mandado durante tanto tiempo á toda la Santa Familia, en la casa feliz en donde el Arcángel había saludado á la Virgen Madre: ¿no era una cosa muy natural que los fieles se dirigiesen á él de todas partes, para tener acceso cerca de María, y de Jesús, Fruto bendito de sus entrañas?

Y sin embargo, cuando consultamos la historia, encontramos que el culto de Señor San José parece casi enteramente ignorado en los primeros siglos de la Iglesia.

En efecto, abramos el libro augusto que sirve mas inmediatamente á la celebración de los santos Misterios. Abramos el *Misal*, en esas páginas tremendas, impresas en mas gruesos caracteres, en las cuales se encuentran contenidas las palabras destinadas á la consagración de la Santísima Eucaristía, Estamos en el *Canon* de la Misa, en esa fórmula sagrada en la cual ni el sacerdote ni aun el mismo Obispo, tienen derecho de cambiar ni una sola frase ni una sola palabra.

Antes de pronunciar las palabras que deben obrar la *transubstanciación* del pan y del vino en el Cuerpo y en la Sangre de Jesucristo, el sacerdote, á fin de cumplir mas dignamente una acción tan solemne, invoca la asistencia de los santos del cielo, y se apoya en sus méritos: *Communicantes, et memoriam venerantes, imprimis gloriosæ semper Virginis Mariae, Genitricis Dei et Domini nostri Jesu Christi* Sin duda que inmediatamente después de la Santísima Virgen María, que debe pasar la primera, el sacerdote va á colocar á su inseparable compañero, á su glo-

rioso Esposo, el Patriarca José, Padre de Jesucristo nuestro Señor? Pero ¡no! el sacerdote nombra á los bienaventurados Apóstoles: *Sed et beatorum Apostolorum* *Petri et Pauli, Andreae, Jacobi, Joannis, Thomae, Jacobi, Philippi, Bartholomaei, Matthaei, Simonis et Thadæi*: luego pasa á los mártires: *Lini, Cleti, Clementis, Xysti, Cornelii, Cypriani, Laurentii, Crysgoni, Joannis et Pauli, Cosmae et Damiani*, Después de San Cosme y San Damian, se detiene en sus invocaciones y continúa su oración sin parecer acordarse del Patriarca Señor San José.

Del mismo modo, después de la consagración de la Sagrada Eucaristía, é inmediatamente antes del *Pater noster*, el sacerdote pide para la Iglesia y para sí, la gracia de ser introducidos en la sociedad de los apóstoles, de los mártires y de todos los Santos de los cuales, indica en particular un cierto número: Hé aqui los nombres de aquellos que cita. *Nobis quoque peccatoribus* *partem à te quam et societatem donare digneris cum tuis Sanctis Apostolis et Martyribus, cum Joanne, Stephano, Matthia, Barnaba, Ignatio, Alexandro, Marcellino, Petro, Filicitate, Perpetua, Agatha, Lucia, Agnete, Caecilia, Anastasia et omnibus Sanctis tuis* pero en cuanto al

glorioso Señor San José, el Sacerdote parece olvidarle enteramente.

Ahora bien ¿en qué época debe colocarse la redacción última, la *conclusión* en cierto modo de esta lista de santos que figuran así por dos veces al derredor de Jesucristo inmolado sobre nuestros altares? Aunque el Canon mismo sea atribuido comunmente á San Pedro, fundador de la Iglesia Romana; es imposible cerrar antes del siglo IV la nomenclatura de los nombres sagrados que los Obispos y los Papas han insertado en el texto de estas áugustas oraciones. Muchos de los nombres que hemos citado pertenecen al fin del siglo III ó al principio del IV; (1) y probablemente han transcurrido muchos años todavía, antes que la piedad de los fieles haya honrado por este culto público á los gloriosos mártires que acaban de derramar toda su sangre por la confesión de Jesucristo. Así pues, aun en el siglo IV era Señor San José tan poco conocido y tan poco venerado de los fieles, que no se pensaba en recitar su nombre después del de María su Esposa, en la celebración del divino Sacrificio del Altar. (2)

(1) Por ejemplo, Santa Inés, martirizada en 304.

(2) Sin duda podría decirse, que los Mártires que se han sacrificado por Jesucristo, eran los que debían

Nuestra admiración no hará mas que aumentarse, si consideramos cuáles son los santos de quienes hace *Commemoración* el sacerdote al celebrar los santos Misterios. Si se limitase á nombrar, después de la Santísima Virgen, á San Pedro, San Pablo y los demás Apóstoles, comprenderíamos menos difícilmente que José fuese excluido de una lista en la que figurarían solamente estos gloriosos Principes de la Iglesia, investidos del poder *director* que conviene primeramente á Jesucristo. Mas el sacerdote parece extender mucho el círculo de su piadosa devoción; porque comprende en él á muchos santos que no parecen recomendarse á la atención de los fieles por gracias enteramente excepcionales; muchos santos de quienes los fieles, aun los piadosos, no conocen ya sus historias; y cuyas fiestas no celebra la Iglesia Romana mas que por una simple *Memoria*, reducida á una *antifona*, un *Verso* y una *Oración*. (1) No es figurar en el Canon del *Sacrificio* incremento de nuestros altares. Mas esta razón no parece muy terminante; porque antes de todos los Mártires vemos á la gloriosa Virgen María, Madre de Jesucristo nuestro Señor y nuestro Dios. ¿Por qué pues, no podría Señor San José ocupar un lugar al lado de su Esposa, aunque no haya terminado sus días por el martirio?

(1) San Sixto, San Alejandro, Santa Felicitas, etc.

que queremos, (¡Dios nos libre!) tratar de disminuir ni de rebajar los méritos de ningún santo; porque todos aquellos á quienes la Iglesia honra, son siempre *muy grandes* á los ojos de Dios. Mas sin embargo, ¿cómo es que Señor San José sea pasado, y por dos veces, en silencio, en estas mismas oraciones en las que no obstante, son nombrados San Alejandro, San Damián, San Crisógono y San Sixto?

Finalmente, lo que parece mas admirable quizá, y mas contrario á todas las conjeturas humanas, ¿cómo es que la fiesta de Señor San José haya sido establecida tan tarde, de una manera solemne, en la Iglesia latina, y particularmente en esta Iglesia Romana, en la cual todos los pueblos acostumbran buscar la verdad y la luz? ¿No parecería á primera vista, que su institución debía remontarse á los primeros siglos? ¿Y no parecería que esta Iglesia, apenas libertada de las persecuciones paganas, habría debido apresurarse á festejar gloriosamente en medio de sus primeros arranques de júbilo, al Esposo de la santísima Virgen María, su soberana y su Madre; al guía, el protector y el padre de Jesús, por el cual únicamente esperamos ser salvados? Mas no es esto lo que encontramos escrito en los testimonios de la historia.

Hay monumentos fuera de toda discusión que establecen que el culto de los santos, cuyos primeros vestigios se remontan á los tiempos apostólicos, estaban en su pleno vigor desde el siglo IV de nuestra era; aunque no sin duda, con la pompa y la maravillosa armonía que nos encantan en estos tiempos. (1) ¿No podría fijarse, por lo menos en esta época, el establecimiento de la fiesta de Señor San José en la Iglesia latina, y sobre todo, en esta Iglesia Romana, que siendo madre y maestra de todas las demas, ha recibido en la persona de su Jefe, el privilegio de afirmarse y de *confirmar* á todos los cristianos? Sin embargo, no es así: porque la fiesta de Señor San José no parece haber sido celebrada, por un oficio particular, en ninguna de

(1) Vide inter alios P. Perrone, *de Cultu Sanctorum*, cap. II—Las constituciones Apostólicas, redactadas en el siglo III, hacen ya mención de las fiestas de santos que se observaban por la abstención del trabajo servil: "In diebus vacent (famuli) Apostolorum. . . in die S. Stephani Protomartyris ferientur atque in diebus caeterorum Sanctorum Martyrum, qui Christum vitæ suæ anteposuerunt."—Vide etiam, si lubet, Billarminum, I. *lib. de Beatif. et Canoniz. Sanctorum*, et Petavium, lib. XIV de *Incarnatione*, cap. X. et seq., etc. . . .

las Iglesias latinas antes del siglo XI ó el XII; y el primer vestigio que se encuentra de ella en la Iglesia Romana, no parece remontarse mas allá del fin del siglo XV. (1) Cuatrocientos años solamente de antigüedad para el culto del mas grande de los Santos, ¿no es una cosa sorprendente?

¿No parece también que la Iglesia habría podido desde muchos años ha, no solo venerar la augusta Persona de José, sino también ponerse bajo su poderosa protección, bajo su *Patrocinio*, por la institución de una fiesta destinada, como la que celebramos ahora durante el tiempo pascual, á recordar los grandes

(1) Esta es á lo menos la fecha mas antigua que asignan los Bolandistas, en su sabia disertación sobre la fiesta de Señor San José, en el día 19 de Marzo.— Sin embargo, es justo añadir que esta fiesta es mucho mas antigua en las Iglesias griegas, de las cuales los Carmelitas parecen haberla traído al Occidente á donde vinieron en el siglo XI ó XII. Es justo también decir que los Martirologios latinos muy antiguos, traen ya el nombre de Señor San José. No pretendemos por tanto, que el culto de Señor San José haya sido por decirlo así, *totalmente desconocido* de los primeros siglos cristianos: esto sería una exageración. Decimos solamente que su esplendor no parece en proporción con las grandes prerrogativas concedidas por el Señor, á nuestro Santo.

beneficios que concede á toda la Iglesia, y principalmente á sus mas fieles servidores? Y sin embargo, si buscamos á qué época se remonta esta amable fiesta del *Patrocinio de Señor San José*, esta fiesta cuyo oficio nos inspira tanta confianza y amor para con el gran Patriarca, encontraremos que es de una institución muy reciente, y que su primer origen pertenece á estos tiempos que llamamos *contemporáneos*. (1)

Diremos pues ahora, reasumiendo en una palabra todas las dificultades que acabamos de exponer: «¿Por qué el culto del glorioso «Patriarca Señor San José, resplandece tan «poco durante los primeros siglos de la Iglesia?»

Podemos presentar desde luego, á fin de resolver el problema, una respuesta *universal*, que conviene á Señor San José lo mismo que á todos los santos. No era razonable que los santos obtuviesen desde los tiempos apostólicos, un culto y unos honores grandes y completos como los que les concede hoy día la piedad de los fieles. Era menester sin duda, que la devoción á los santos presentase desde el principio esos primeros *gérmenes* sin

(1) 10 de Diciembre de 1847.

los cuales esta devoción sería una *innovación* perjudicial y una *mutación* en la doctrina cristiana. Pero no debía tener tan amplias porciones en esos tiempos menos ilustrados, en que los paganos, viendo las estatuas erigidas para honrar á los santos, y los diversos homenajes concedidos á su memoria, no habrían dejado de acusarnos de idolatría; en esos tiempos en que los mismos fieles eran aún la mayor parte demasiado imperfectos para honrar como conviene á la criatura, sin perjuicio de los homenajes que solo son debidos al Creador. Señor San José debió necesariamente ser comprendido en esta prohibición tácita, dictada secretamente por el Espíritu Santo, y de la cual, aun la Santísima Virgen debió soportar al menos en parte, las dilaciones y los rigores.

No obstante, si esta razón puede servir para explicarnos la oscuridad de Señor San José durante los dos ó tres primeros siglos de la Iglesia, viene á ser del todo insuficiente cuando se trata del siglo IV y de los que le siguen inmediatamente en la historia, puesto que desde esta época, los santos recibían públicamente el culto de una veneración muy solemne ya y muy grande. Sobre todo, viene á ser absolutamente insuficiente, cuando consi-

deramos la fecha tan reciente de las dos fiestas principales establecidas en la Iglesia latina en honor de Señor San José. Debemos pues, recurrir á alguna explicación mas eficaz y mas completa. Y esto es lo que vamos á hacer, reduciendo á dos puntos principales las observaciones que nos parecen aclarar la dificultad que se nos propone. En primer lugar, podemos considerar que señor San José, á causa de su santidad y de sus ilustres privilegios, debe ser elevado en el culto de la Iglesia á una alta dignidad. Y por esto decimos, que era muy conveniente el ver al gran Patriarca sepultado por largo tiempo bajo los velos de una profunda oscuridad.

¿No nos ha enseñado el gran Apostól de los gentiles, que Dios, en su impenetrable sabiduría, ha *escogido las cosas débiles para confundir á las fuertes?* ¿qué ha, *escogido lo que no es, á fin de destruir lo que es?* (1) Esta palabra encierra toda la economía de la Religión cristiana, fundada sobre los abatimientos y la muerte de Dios hecho hombre. Dios quería conceder á Señor San José una gloria admirable durante los últimos siglos de la Iglesia, y por toda la eternidad: era pues neces-

(1) Cor., I.

rio que tuviese cuidado de humillarlo largamente: del mismo modo que cuando quiso establecer á Jesucristo su Hijo único, Rey Soberano del universo, resolvió abatirlo y humillarlo de una manera incomprensible, haciéndole morir despojado de todo en una cruz.

Nada hay mas doloroso ni mas injusto según las preocupaciones del hombre no cristiano, que esta oscuridad que velaba á nuestro José en la pobre casa de Nazaret. Sin duda él sabía bien que era el Esposo de la Virgen anunciada setecientos años antes por Isaías. Sabía que era el Padre de Jesucristo, prometido desde el principio del mundo. Pero José estaba muy léjos de los sentimientos de los hijos del siglo; y todas estas dignidades sublimes, en lugar de llenarlo del deseo de mostrarse y figurar, le dejaban por el contrario, en las disposiciones mas humildes y en un total y perfecto abatimiento.

Muy léjos de ofenderse por su oscuridad, Señor San José, olvidando todos los títulos que le daban derecho á la estimación de los hombres, no pensaba sino en sumergirse enteramente en ese retiro absoluto que servía para condenar y al mismo tiempo para *expiar* el orgullo y la vanidad de los pecadores de todos los tiempos. Inflamado por los ejemplos

que contemplaba en Jesucristo y en María, ponía con anticipación en práctica una de las principales enseñanzas que el Señor debía promulgar en el Evangelio. Invitado, mejor que nadie, al festín sobrenatural de la gracia, tenía cuidado de escoger, en sus deseos, no *el primer lugar, sino en todo el último*: y en las fervientes oraciones que dirigia incesantemente al Señor, pedía sin duda el ser separado. más todavía, y por mas largo tiempo, de toda gloria humana, y de todo esplendor prematuro, á fin de seguir mas cerca las huellas de su Hijo y su Maestro, á fin de *revelar su causa á Dios solo*, (1) y de *ocultarse, léjos del tumulto de los hombres, en el secreto de la faz de su Señor*. (2)

Podemos sin temeridad suponer que Dios no rechazaba estas súplicas de su fiel siervo: sino que se dignaba complacerse en recibir el perfume de un sacrificio tan perfecto, y en respirar la dulzura de una humildad tan semejante á la de Jesús su Hijo único. *La oración perseverante del justo es muy poderosa* (3)

(1) Tibi enim revelavi causam meam. (Jer., XX.)

(2) Abscondes eos in abscondito faciei tuae, á conturbatione hominum. (Ps. XXX.)

(3) Maltum enim valet deprecatio justí assidua. (Joc., V.)

para con Dios: y así en su bondad paternal, viendo los sinceros deseos y las largas peticiones de José, concedía á sus súplicas el don de una grande oscuridad, prolongada no solo durante los cortos años de una vida que siempre pasa muy rapidamente, sino también después de la muerte durante siglos y siglos.

Y sin embargo, las virtudes y los méritos de José no debían permanecer sin su justa recompensa; y mientras mas se humillaba, en sus peticiones, mas conveniente era que fuese exaltado en la Iglesia por ilustres homenajes, esperando la exaltación mas cumplida de que el cielo será testigo. Muchos santos hay que piden á Dios persecuciones y sufrimientos: y Dios los escucha, pero á condición de colmarlos de esas inmensas delicias sobrenaturales, de que el *siervo fiel* se encuentra como inundado, *cuando entra en el gozo de su Señor.* (1) Señor San José pide la oscuridad: y Dios le escucha, pero con la condición de darle, cuando sean llegados los tiempos, una gloria incomparable. No hay duda que otros santos serán menos humillados, y durante un

(1) *Serve bone et fidelis, intra in gaudium Domini tui. (Ultima antiphona ad Laudes, in Comm. unius Confessoris Pontificis)*

periodo menos largo; pero serán menos glorificados; porque el abatimiento voluntario aceptado, sirve de medida á la gloria: *Qui se humiliat exaltabitur.* (1)

Digamos pues, en primer lugar, que la oscuridad de Señor San José, puede explicarse por los grandes honores que Dios le reservaba un poco mas tarde.

Consideremos en segundo lugar, que el papel y las funciones de Señor San José con respecto de Jesucristo, se cumplen, no con respecto á los misterios gloriosos de la resurrección triunfante, ni tampoco de los misterios dolorosos del Calvario, sino respecto á los misterios mucho mas ocultos y mas íntimos, de la infancia, de la adolescencia y de la juventud del Señor. Los apóstoles acompañando á Jesucristo en los trabajos del ministerio evangélico; y San Juan Bautista bautizándole solemnemente en medio de un gran concurso de pueblo, venido de todos los puntos de la Judea, debieron participar del esplendor que Jesús derramaba en torno suyo durante estos días destinados á manifestarle en Israel. Señor San José, su fiel compañero durante esos tiempos en que la voluntad de Dios

(1) Luc., XVIII.